

«Dólmenes en Landarbaso»



Yo ya sé lo que es un «dolmen»; he visto algunos en Aralar y Aizkorri. ...Pero confieso saber muy poquito de ellos; apenas si, comentando con los amigos, me he atrevido a decir que son las tumbas del hombre primitivo. Tampoco ignoro se ha llegado a decir que el individuo en ellos enterrado podría ser un «jefe» o persona notable entre las gentes de la tribu... Pero, bueno; no me preguntéis mucho más... Me pondría en un aprieto ciertamente grave a no ser que recordando uno de mis chistes dedicado a la Edad de Piedra me obligarais a contaros que encontrándose cierto día el viejo hechicero de la horda a la boca de entrada de su caverna, como necesitara llamar a uno de sus congéneres, pegó un grito estridente que profundizó en las entrañas del antro... Quedó un momento a la escucha y al recibir su propio aullido repetido por el eco, se volvió, entusiasmado, a sus compañeros presentes para comunicarles: «Acabo de inventar... el «gramófono»..!». Pero esto es poco serio y prefiero contaros algo de mi última salida con José, sincero enamorado de estas cosas.

Lo hemos tomado muy a pecho; José me ha asegurado visitaríamos alguna cumbre cubriendo un bonito recorrido. Me sorprende sentirlo muy animado. Presiento algo grave. Nada me ha revelado pero adivino me oculta alguna de sus ingenuas sorpresas y me dejó llevar por él en la seguridad de que el «bromazo» me va a costar una nueva paliza sobre la montaña...

Si; ahora me voy dando cuenta; por Rentería, hemos subido a Ventas para hacer el conocido camino de las Cuevas de Landarbaso. Afortunadamente lo hacemos tempranito pues el Sol promete «pegar» como en los días solemnes...

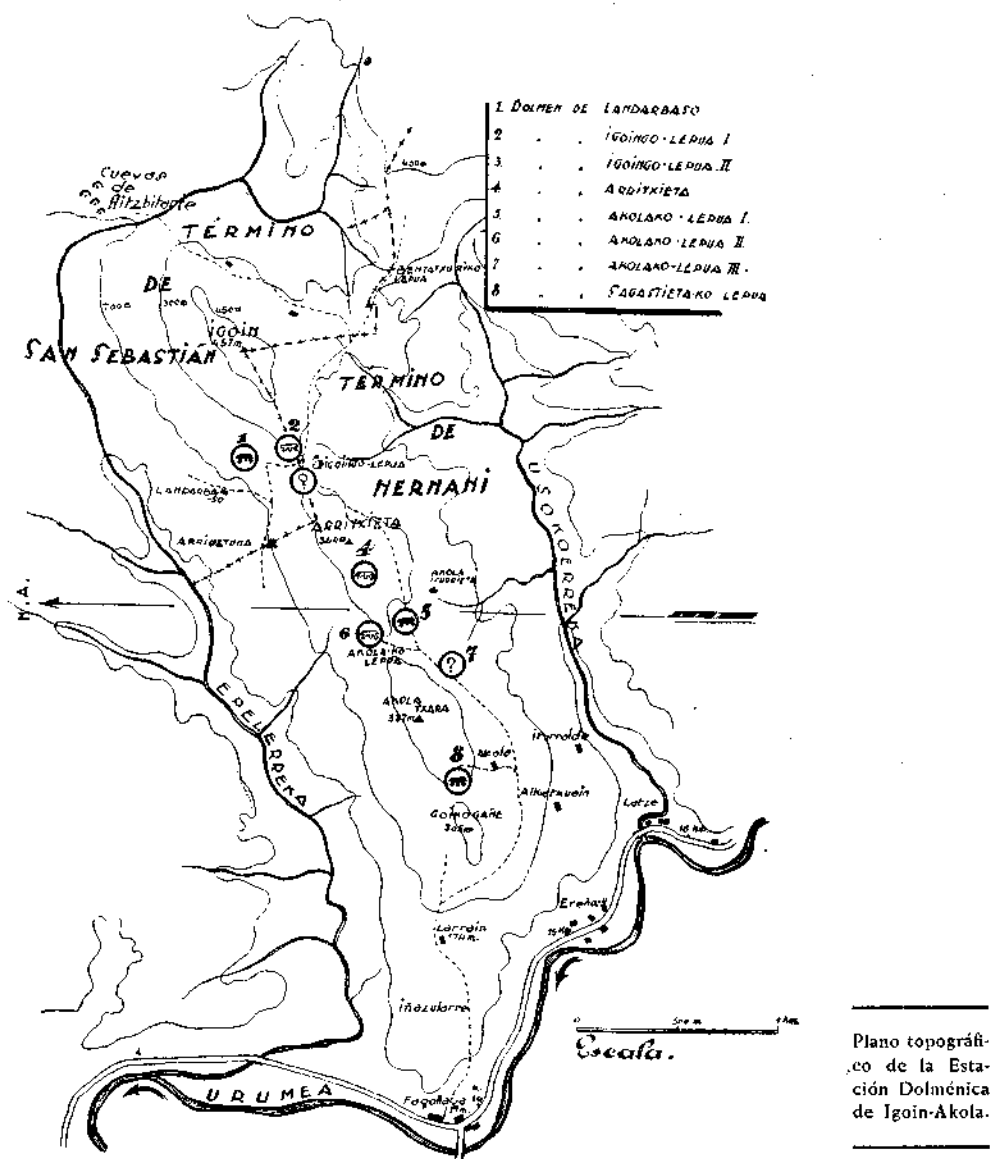
Sobre la marcha, José consulta su reloj y parece satisfecho de nuestra salida. Caminamos sobre la conducción de aguas jalonada por las «garitas-registro» que llegan a la altura de la centralilla eléctrica, próxima a las cuevas de Landarbaso. Y aquí comienzan mis sorpresas...

—Ya estamos en las Cuevas de AITZBITARTE—exclama José satisfecho. Aquí el mapa que interesamos; mira la situación de las cuevas... No; no me hagas gestos raros. Hoy no vamos a visitarlas. La cumbre que te prometí se encuentra próxima; IGOIN, 457 m., como indica el mapita. Ahora subiremos a ella. Estudia el gráfico; lee un rato el trabajo de que forma parte y, después, charlaremos.

Con la tranquilidad de conciencia del que sabe hace una buena obra, José ha dejado en mis manos el pequeño libro que muestra el mapita a estudiar. Al pié de la página, leo: «Fig. 2.—Plano topográfico de la Estación dolménica IGOIN-AKOLA»...

Se acomoda sobre la hierba y se dispone a soltar su plática dominguera.

—Miguel... ¡Otra vez «ARANZADI»! Y te lo volveré a mencionar tantas veces como entienda que, al hacerlo, puedo facilitarte alguna nota que desconoces. En «ARANZADI» saben hacer muy bien las cosas; esa estupenda revista que tienes en la mano, «Munibe», es una bella realización que se co-



dea ya con las mejores en su género y sale, prometedora y orgullosa, por encima de nuestras fronteras. Hace solamente unos días que recibí ese número; me acordé de tí y dejando para otra ocasión la promesa de hacerte visitar una cueva interesante, decidí consagrar nuestra excursión a vivir sobre el terreno la huella reciente de las exploraciones realizadas feliz y provechosamente por

los investigadores que componen ese primero y condensado artículo sobre dólmenes de nuestro solar, tan próximo a la capital de Guipúzcoa como puedes ver, dentro de su término municipal y en el de Hernani. Pero esta vez, querido Miguel, no voy a soltarte ningún «rollo»; sé que los temes, ¿quién no?... Vamos a movernos; repliega tus cosas y subamos a IGOIN...

—¿IGOIN?

—IGOIN; no Landarbaso, como verás si lees con cuidado el artículo y te sientes capaz de consultar su toponimia euskérica con los nativos del caserío...

Esto se ha puesto serio. No agrego nada más y me doy por satisfecho cuando observo que en la breve perorata he sabido medir mi tiempo para engullir, a velocidad de caníbal, mi bocadillo. José asciende la ladera de la montaña sorteando las irregularidades del terreno, a ritmo acelerado. Nuestra faena no ofrece mayor dificultad que la que supone soportar el solazo que padecemos. Un corto arreón y me sitúo «a la rueda» de José, pisándole los talones. Alcanzamos las rocas de la cresta—conglomerados de almendrón vinoso-parduzco—para llegar a la cumbre. Nuevamente el mapita de «Munibe» en nuestras manos; con él una brújula. José orienta el plano dejándolo descansar soportando la brújula, sobre una piedra horizontal.

—Mira—dice haciendo relación del plano al relieve—el collado de IGOIN. ARRITXIETA y AKOLA... Yo me distraigo y contemplo con cierta envidia la tentadora silueta de URDABURU que, al Sur, señorea el paisaje y nos domina como diciendo: «Os llevo un montón de metros de ventaja... Un poquito más y llegaríais hasta mí para sentiros más hombres.!»

Me iba entusiasmando con mis divagaciones; a penas mi pulso ha vuelto a la normalidad y ya me encuentro saltando de roca en roca iniciando nuestro descenso en la dirección de un caserío. Queremos llegar al collado de IGOIN pero no lo hacemos por la cresta; José me explica que es un trazado endiablado cubierto de maleza.

El caserío, el camino que llega a la muga de Hernani y a unos ochocientos metros, el collado de IGOIN. Muy cerca, José me descubre un montón informe de rocas; es el dolmen de «IGOINGO LEPUA II», según «Munibe». Muy próximo, al otro lado del camino y exactamente como se emplaza en el mapa, el de «IGOINGO LEPUA I». El primero visitado me ha decepcionado; no así el segundo que me gusta por recordarme a los que conozco.

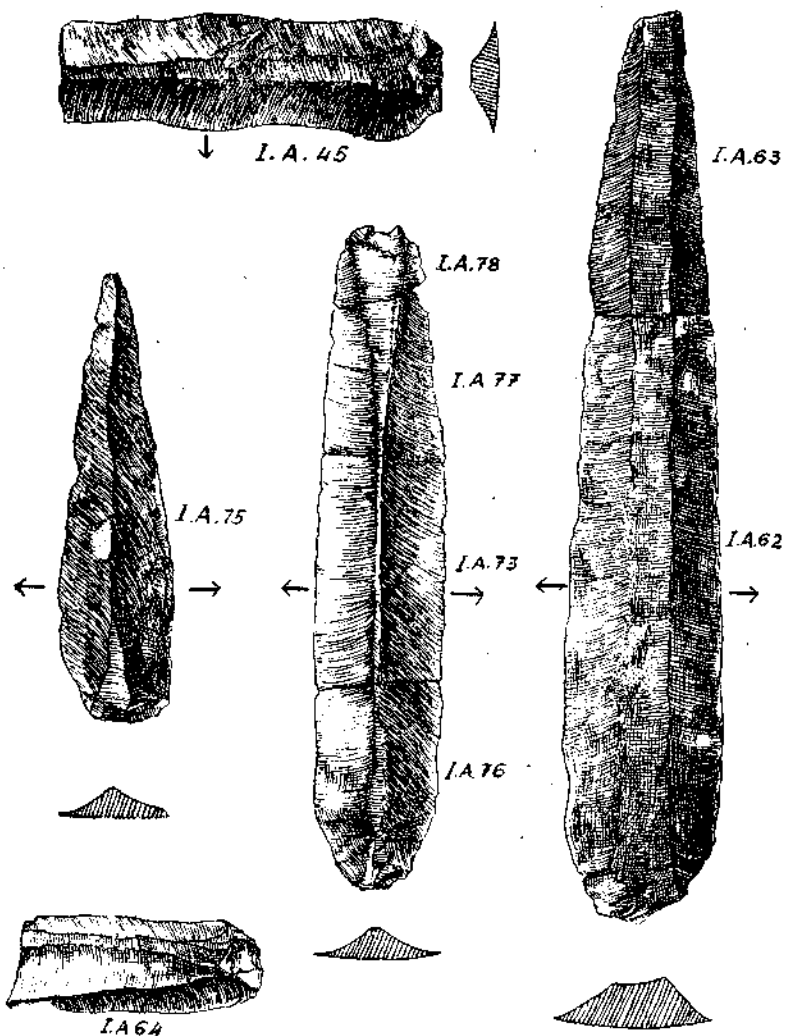
—No te emociona imaginar a nuestros lejanos antepasados cuidando sus rebaños sobre esta breve zona de nuestro recorrido..? Acaso en las cuevas de AITZBITARTE se refugiaran los individuos de la tribu de donde, en los días de paz, dando suelta a los animales encerrados en sus improvisados apriscos, se desparramarían por la montaña prestándola el color de su vida y su alegría...

—Si; me emociona, pero prefiero pensar que nuestros abuelos, tan inteligentes, aunque quizá menos experimentados que nuestros actuales «arzaías», tomarían el buen acuerdo de largarse a ARALAR con sus rebaños para evitar la desaparición de su riqueza y este solazo de justicia que derrite el seso a todo bien nacido. ¿Acaso aquellos veranos no eran como los nuestros...?

José, animado por la charla y viéndome interesado, me da cuerda a la vez que, descendiendo el camino a la busca del caserío de Landarbaso, salía ma-

torrales con la agilidad de un chivo salvaje. Nuevamente sobre el camino, más sosegada la marcha y próximo nuestro objetivo, agrega:

—Me gusta tu pregunta; sólo quiero recordarte que en «ARANZADI» podrás encontrar una contestación mejor y más científica que la que yo te ofrezco; piensa en los animales que decoran la cueva de SANTIMAMIÑE. Es posible que aquellos veranos fueran menos calurosos que los nuestros...



Cuchillos de piedra de sílex de los dolmenes de Landarbaso.

Cerca del caserío, partiendo de él, un camino de explotación de monte —el «gurdi-bide» improvisado en la época de la corta de helecho— retrepa la pendiente; con facilidad que envidio, José alcanza el «dolmen» que reseña «Munibe» con la denominación de «DOLMEN DE LANDARBASO». Rápidamente se desprende de su mochila y la oculta a la sombra de los pinos; pero «Munibe» reaparece en su mano.

(Continúa en la página 65)

El Roncalés Valle de Belagua y sus cercanas cumbres

Toda la zona montañosa de Navarra es rica en belleza natural, lo mismo en bosques y ríos que en montes, valles y parajes pintorescos.

Nosotros, los aficionados a recorrer macizos montañosos, hemos cruzado diversos valles navarros; Araiz, Ulzama, Baztán, Larraun, Araquil, etc., todos típicos, netamente vascos, y rebosantes de ese jugoso verdor, tan propio de nuestra región. También durante nuestras correrías montaÑeras hemos pasado muchas horas por las frondosidades de Quinto Real, Urbasa e Irati, ricas en arbolado y silvestre encanto, pero, sin ninguna duda, de las excursiones que más gratos recuerdos conservamos es de las efectuadas a Belagua, encaramándonos a sus cimas circundantes.

Por ello he creído oportuno ocuparme un poco de ese paraíso pirenaico que tenemos en Roncal, en la esquina N.E. de la provincia, lindando con Francia y Huesca. Allí precisamente se encuentra Belagua, como el más digno final del mejor rincón montañoso de Navarra.

Es un valle este de Roncal, antaño Erronkari, compuesto de unos pueblos ricos arropados por los contrafuertes del recio eslabón roncalés en la grandiosa cadena pirenaica. Y en uno de ellos, también llamado Roncal, nació el gran cantante Julián Gayarre.

Las erguidas montañas roncalesas se separan escasamente, y surcando sus abruptos contrafuertes descienden las frías y cristalinas aguas del audaz río Esca. Y sobre ellas tenemos la carretera, que une al valle con el resto de la provincia.

Los roncaleses son nobles y fuertes, y en su carácter se nota pronto una fuerte dosis de influencia aragonesa. Trabajan el campo, cuidan el ganado, de fina estampa y muy codiciado todo él, tienen especialidad en elaborar y curar queso, y también se dedican a las labores forestales. Muchas veces hemos visto en aquellos frondosos bosques cómo unos fornidos brazos derribaban hayas y pinos. Después, veíamos grandes pilas de troncos en los cargaderos de la carretera y en las orillas del río. Ahora ya, los camiones potentes y el progreso casi han acabado con el



El Valle de Belagua desde la Carchela.

(Fot. F. Ripa)

Borda de Juan Pito y el rocoso picacho de la Carchela.

(Fot. J. Ojanguren).

transporte fluvial, típico en Roncal, pero algunas primaveras todavía pueden verse descender por el río largas balsas de maderos, llamadas almadías, que son conducidas de forma arriesgada y emocionante por los rudos almadieros, que a su llegada al pie de las torres de La Pilarica pueden cantar aún recias jotas

roncalesas. La nieve del Pirineo, al fundirse y enriquecer el caudal del río que les vio nacer, les animó y llevó hasta el Ebro velozmente y sin necesidad de carburante.

Las moradas de los habitantes del Roncal son robustas, con tejados muy inclinados que nos hablan de la crudeza de los inviernos a causa de la nieve, son típicas todas ellas, y poseen la vitola característica de la casona pirenaica.

El colorido de los vericuetos de Roncal es muy igual, pero también muy sugestivo y original. A derecha e izquierda de la carretera que nos conduce a Isaba, unas casi verticales paredes que se elevan sin límite se engalanan primorosamente con apretados bosques de pinos y abetos, y de trecho en trecho asoman murallones o salientes bravíos de plateado peñasca, componiendo todo ello una incomparable visión, como un preludio de la grandiosidad de las montañas que por el N. protegen al valle roncalés.

Y aunque hasta Isaba todo es bello y abrupto, no habremos visto lo bueno, lo mejor de Navarra y Roncal, hasta que nos situemos en el valle de Belagua, cruzando el desfiladero de Las Ateas, donde hoy en día existe una carretera que borró el antiguo camino romano, al parecer testigo de las horrendas luchas entre roncaleses y baretoneses, promovidas hace muchísimos años por la inicial invasión salvaje de los segundos al Valle del Roncal. Del armisticio, logrado muchos años más tarde, data el histórico y reconciliador «PAX-AVANT» (Paz de hoy



en adelante), que todos los años se confirma con la asistencia de los alcaldes roncaleses y baretoneses (de Francia) el día 13 de Julio, con motivo del pago del tributo por parte del Valle de Baretona al de Roncal, consistente en tres vacas. Esta tradicional ceremonia se celebra año tras año en el Puerto de Hernaz, donde se halla la conmemorativa piedra de San Martín, muga con Francia núm. 262, sobre la que colocan sus manos los alcaldes prometiendo paz en el futuro.

Y al finalizar la carretera, ya en pleno valle de Belagua, nos encontramos dominadores, ya no nos aprisionan rocosos acantilados ni desnudos murallones que parecen ir a derrumbarse, todo lo contrario, la llanura es amplia, pintoresca y apacible, y aunque ante nosotros se alzan majestuosas montañas, éstas se alejan un poco, y nos tienden hacia el llano unas laderas agradables donde la vegetación impera.

De momento, la visión de Belagua nos recuerda un poco esos rincones alpinos que Suiza y Saboya tienen al pie del colosal macizo de los Alpes, y que el cine y la propaganda turística helvética nos dan a conocer. No exagero en la comparación, estoy seguro de ello. Durante mis andanzas por Pirineos me ha tocado visitar valles de las estribaciones, algunos, sitios de gran fama, con hoteles acogedores y diversos alicientes para el turista, y además no exentos de belleza natural, pero ninguno posee esa paz bucólica que reina en nuestro paraíso roncalés, ni esa grandiosidad tan salvaje e incomparable de

las cumbres que circundan el más apartado valle navarro.

Allí no encontraremos hoteles ni piscinas, y menos aún butacas de reposo en la pradera, sólo unas pocas bordas y cabañas del más puro estilo roncalés se pierden en la inmensidad del valle, cuajado de prados, tierras de labranza, cantarines arroyos que nutren el río Belagua, bosques, vegetación ilimitada, flores silvestres, rebaños, y animosos pastores. Y todo ello entre gigantescos montes que tienen la marca inconfundible del Pirineo: arrogancia, elevación y personalidad. La Carchefa, Lácora, Arlás, Anié, Añelarra, La Mesa de los Tres Reyes, Paquiza de Linzola, Chamanchoa o Maz, Ezcaurre y Larrondoa, con sus contrafuertes, son las eminencias que se elevan sobre el pintoresco y apacible Belagua, rebosante siempre de sugestivo y perenne verdor.

La conquista de todas las citadas cimas puede iniciarse desde el valle. De entre las citadas, destacan principalmente el Anié y La Mesa de los Tres Reyes. La primera se halla ya en territorio francés, tiene 2.504 metros de elevación y para culminar la cima del Aunemendi o Montaña del Cabrito, co-



La Mesa de los Tres Reyes (2.434 m.) altitud máxima del País Vasco-Navarro

mo se le llama también, hay que atravesar un buen trecho del infernal terreno de Larra, inhospitalario y bravío como pocas zonas del Pirineo. A la Mesa ya es más fácil la ascensión, y su conquista siempre constituye un motivo de satisfacción para el montañero navarro, pues no en balde es la cota

reina de Navarra. Es magnífico en este sector pirenaico-roncalés recorrer sus altas cimas, en las cuales casi todos los años el invierno deja para el verano unos blancos y coquetones recuerdos, alcanzar la cúspide de cualquiera de aquellas moles erguidas de más de dos mil metros, y contemplar mientras descansamos en un collado todo el cercano sector central de Pirineos, cuajado de erizadas crestas, aflados picachos, neveros, lagos, y maravillosos mares de brumas bajas, pero creo que no hay nada comparable con los descensos hacia el llano después de haber conquistado alguna empinada cresta cimera y haber dominado desde su atalaya toda la grandiosidad de la Naturaleza. Solemos descender cruzando apretados bosques, a sabiendas de que la excursión no concluye con el descenso, pues casi siempre hay que seguir caminando por la llanura del amplio valle. Y este nos recibe acogedor como un

confortable albergue, rebosante de encanto silvestre, risueño de tonalidad, pletórico de armonía y paz, sin barullos ni estridencias. Solo se escucha a intervalos los gritos de los pastores, la algarabía de los rebaños, siempre dúziona y melodiosa, la canción del puro

torrente o el silbar del viento que penetra por los collados.

Antes de terminar me ha parecido justo recordar un momento a un gran hombre roncalés: Elías Garde (q.e.p.d.) Decidido y noble como todos los de su tierra. Desde muy joven cuidó ganado en Belagua y en las zonas altas de Larra. Como él nadie ha conocido los parajes citados. La ruta de Anié la conocía palmo a palmo, caminaba por aquellos laberintos de rocas y pinos carbonizados por los rayos con

la ligereza de un danzari, no conocía la fatiga, era el mejor guía roncalés, además muy aficionado y enamorado de las cumbres, y el ideal compañero en marchas de envergadura. Una traidora enfermedad le obligó a abandonar Belagua, y en su casa de Isaba, al pie de Ezcaurre, el coloso que le viera na-

cer, falleció todavía joven. Perdimos un buen amigo, una gran persona, y el mejor conocedor de los montes de Belagua. ¡Descansen en paz!

Y mucho más se podría escribir para elogiar el Roncal, que además de sus muchas bellezas, encierra en su demarcación un pintoresco valle, digna e ideal base para aquel sector del paraíso montañoso de Pirineos, en el que tenemos unas colosales cimas.

Todo en conjunto; valle apacible y rebo-

sante del más puro y original encanto, y cumbres majestuosas e incomparables por su altura, aspecto y arrogancia, hacen que Belagua, y el Roncal, sean la zona ideal para el montañismo y las salidas turísticas, digna de ser visitada como otros rincones de la provincia, y también de ser protegida cual Parque Provincial por la Excelentísima Diputación Foral y Provincial de Navarra, ya que sin duda alguna el Roncal debe ser el orgullo de los navarros.

ANGEL OLORÓN

DEL CLUB DEPORTIVO NAVARRA

«DOLMENES EN LANDARBASO»

(Viene de la página 61)

—Mira—me dice pasando con rapidez las páginas—aquí, la planta y el corte del dolmen... Una foto obtenida en el curso de la excavación. Más adelante, en la página 33, el dibujo a su tamaño natural de los cuchillos de sílex encontrados; otra pieza de piedra en la 34 y un hacha pequeña y perfecta en la foto de la página 40 donde se presenta en comparación con otras de distintas procedencias...

Es fácil observar detalles de que esto ha sido removido y estudiado; realmente sería emocionante presenciar la escena de la búsqueda de los cuchillitos en el cernido trabajoso y lento de las tierras extraídas de la cámara del monumento...

...En la dirección de San Sebastián, por encima de Santiagomendi, veo avanzar una masa de nubes color plomo, a baja altura. Adivino la galerna. José se muestra apesadumbrado. Quería llegar en el día a Santiagomendi para recrearse con la panorámica que acompaña el trabajo de los dólmenes de IGOIN-AKOLA en «Munibe», pero el tiempo estropea su plan—y yo me tranquilizo—.

Replegamos nuestras cosas y descendemos, por el camino del caserío a «Epel-erreka» para alcanzar el que trajimos a la mañana cuando los primeros truenos de la tormenta entenebrecen el ambiente.

CARLOS MENAYA

SECCIÓN DE PROFAGANDA DEL GRUPO DE
CIENCIAS NATURALES DE «ARANZADI»